

Libros recientes de Ensayo y Ciencias Sociales

El conjunto de libros que ofrecemos a continuación han aparecido con carácter previo a una ocasión editorial como es la Feria del Libro en que la industria editorial ofrece algunas de sus principales novedades anuales. Se trata de textos que por razones diversas – no necesariamente tratarse de buenos libros – pensamos que pueden tener interés para nuestros lectores.

JAVIER TUSELL

Dos libros de Historia reciente

En condiciones normales de seguro no sería oportuno sacar a colación el libro de *Ricardo Pardo Zancada*, “*23-F: la pieza que falta*”, *Barcelona, Plaza y Janés, 1998*. Como se verá inmediatamente a continuación no es tanta ni tan interesante la información que proporciona pero tiene, además, una perversa

intención respecto del Rey de España.

En efecto, con frecuencia tratar de explicar las cosas por razones más complicadas que las obvias puede parecer una prueba de inteligencia. Esta afirmación, sin embargo, contrasta con la realidad de que las alambicadas teorías conspiratorias suelen no tener otro beneficiario que aquel que tiene buenas razones para ocultar aspectos de su pasado. Muy a menudo, además, el

alambicamiento a la hora de explicar los sucesos pasados no encierra otra cosa que pura obsesión personal.

En algunas memorias acerca del 23-F el entonces comandante Pardo Zancada aparece como un militar respetable aunque tan convencido de la bondad del golpe que se alineó con los sublevados en el mismo momento en que estos ya han perdido a pesar de no haber jugado un papel significativo en la conspiración.

Sin embargo el retrato que de sí mismo ofrece, pasados muchos años, es muy distinto. Estuvo a punto de participar en la “Operación Galaxia”, se mezcló en todo tipo de conversaciones subversivas durante muchísimo tiempo (de modo que apenas se entiende que tuviera tiempo de hacer otra cosa) y, en fin, todavía en la actualidad muestra un horizonte mental tan limitado que estremece pensar en qué hubiera podido ser de España en manos de personas como él.

Sus memorias ofrecen multitud de datos ambientales de interés para conocer el ambiente que precedió el intento de golpe de Estado y algunos de sus entresijos. Llama la atención, una vez más, la falta de previsión de las autoridades que mantuvieron en puestos de mando a personas de las que se podía tener la seguridad de que emplearían su posición en propósitos subversivos. Se descubren aspectos nuevos de la conspiración como, por ejemplo, el papel financiero del golpe que jugó el general Iniesta, quien no deja nada claro su comportamiento en sus memorias. Merece también la pena el retrato de algunos de los conspiradores, como el general Torres Rojas cuya principal preocupación parece haber sido que no le dejaran utilizar el banderín en su coche oficial por temor a los atentados de ETA y estaba dispuesto a enviar a la Acorazada al País Vasco en caso de atentado a un oficial a su mando. Todos los condenados aparecen como seres indecisos y con un punto de cobardía en el momento decisivo.

El libro de Pardo Zancada está principalmente dirigido de manera poco velada a acusar al Rey de inspirar o aceptar el golpe. Los argumentos, claro está, no se sostienen ni siquiera desde el punto de vista del autor, del que en absoluto puede decirse que aparezca como un monárquico de extrema derecha que se viera traicionado por el Rey. El autor afirma que éste siempre tuvo el

con lo que, atribuyéndole esos propósitos, no se comprende el resultado final del golpe. Todo ello no tiene mayor trascendencia si no fuera por otra razón. Los editores de Plaza y Janés llevan algún tiempo ofreciendo libros de contenido antimonárquico. Ser republicano es una opción respetable. No lo es, en cambio, ofrecer como argumentos aquellos que aquí aparecen: aparte de inconsistentes, beneficiosos para actitudes políticas de consecuencias letales.

Merece la pena también hacer alusión a otro libro de Historia reciente pero en este caso relativo a Cataluña. Su contenido no es polémico aunque tampoco deja agotada una cuestión de importancia objetiva. Se trata de *Ignasi Riera, “Els catalans de Franco”, Barcelona, Plaza y Janés, 1998.*

Desde hace ya bastante tiempo — quizá quince años— el horizonte de vanguardia de la historiografía española no se encuentra ya en la guerra civil sino en el franquismo e incluso la transición. A esta época pretenden dedicarse la mayor parte de los historiadores jóvenes que eligen el siglo XX como período para su labor de investigación. En toda España es mucho lo que se ha avanzado en un corto espacio de tiempo. En Cataluña el libro de conjunto más importante que hasta el momento se ha publicado es el que tiene como autores a Borja de Riquer y Joan B. Culla en el último tomo de la Historia de Cataluña dirigida por Pierre Vilar para Edicions 62, publicada en 1989.

control de las fuerzas armadas

Se trata de un libro ejemplar que apenas tiene paralelos en otras latitudes españolas.

Ignasi Riera no es un profesional de la Historia pero se le nota que tiene una indudable afición y amor por ella. Existe un género de periodista o escritor que piensa que un delgado barniz de conocimientos históricos le permite pontificar sobre lo que no sabe y ni siquiera pretende investigar. De ahí que las editoriales ofrezcan una supuesta divulgación histórica de calidad deleznable. Riera está muy por encima. En “Els catalans de Franco” demuestra que, si no ha hecho investigación por él mismo sin embargo está muy al día de las investigaciones de los profesionales que utiliza ampliamente. De esta manera, a partir de las ya numerosas monografías de carácter local o temático aparecidas en los últimos años, presenta un panorama impresionista de la realidad del franquismo en Cataluña. Ofrece, por ejemplo, un conjunto de biografías de sus hombres más importantes y otra, de menos interés y algunos errores, de figuras de segunda fila y a estos personajes les suma algunos temas que considera de especial relevancia. El libro se lee con agrado e incluso representa una información de indudable interés para cualquier historiador que, porque no esté especializado en la época o no sea catalán, no esté muy impuesto en estas materias. Las críticas que podrían hacerse se referirían en primer lugar a su carácter fragmentario, aunque es producto de la voluntad

del autor, y a las citas que hace de algún texto literario como la “Autobiografía de Franco” de Vázquez Montalbán que no pueden ser tomados con punto de referencia para el conocimiento histórico.

Tiene, en cambio, una ventaja que es preciso alabar y que se refiere al tono que adopta. A menudo acerca del franquismo en Cataluña se oyen opiniones que no se corresponden con la realidad. Aunque bien se puede admitir que Cataluña fue

derrotada en 1939 sería por completo incorrecto presentar a la dictadura como un régimen que careció por completo de apoyaturas sociales en ella. Por otro lado Riera no emplea un lenguaje denigratorio ni traduce en su texto de manera directa e inmediata sus posiciones políticas. Esa debe ser la manera de enfrentarse a un pasado inmediato cuyos inconvenientes son bien conocidos. La reivindicación debe limitarse al presente mientras que la comprensión debe intentarse respecto del pasado.

Dos ensayos sobre el mundo actual

En los últimos años el género del ensayo ha evolucionado hacia una parquedad en la extensión que a veces es preocupante pero que, si el autor y el tema justifican el interés, puede fomentar la lectura. La ética figura entre las materias filosóficas de mayor atracción para el lector. A él pertenece el libro de Adela Cortina, “*Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*”, Madrid, Alianza Editorial, 1997.

Junto a otros autores jóvenes como Fernando Savater, Victoria Camps y José Antonio Marina, Adela Cortina ha contribuido a renovar en España el ensayo filosófico proporcionándole una dimensión de accesibilidad a un público lector muy amplio, cercanía en la temática, cosmopolitismo en las referencias eruditas y, en ocasiones, ironía o humor en la escritura convierten la lectura en grata y sugerente. De

Cortina merece la pena recordarse de forma especial su libro “La moral del camaleón”, publicado hace unos años, que constituyó su revelación —al menos para el público no especializado— y que, a pesar de que en su contenido había muy claras referencias al momento vivido, no ha dejado de mantener su interés en la actualidad.

Las cuestiones que se abordan en el librito que Cortina acaba de publicar son todas ellas decisivas, tanto que cada una de ellas merecería un grueso tomo pero, en el voluntario formato dirigido a un público amplio, están compendiadas de un modo a la vez original y a menudo suficiente. Se parte de que la civilidad —término que parece más oportuno que ciudadanía, más exclusivamente político— supone una síntesis entre justicia, responsabilidad y el sentido de pertenencia a una comunidad que contribuye a crear una identidad propia.

A partir de este planteamiento Cortina se refiere de forma sucesiva a cinco vertientes de esa civilidad. En primer lugar, la ciudadanía política estrictamente dicha, apartado éste en que quizá es de lamentar una cierta insuficiencia en el tratamiento. En cambio a la hora de tratar la civilidad social la autora proporciona sugerencias verdaderamente felices, como la resolución del problema de la institucionalización del llamado Estado de Bienestar mediante el logro de los mínimos de justicia (y no los del bienestar

propriadamente dicho). A continuación Cortina se refiere a la civilidad económica extendiéndose en un concepto de la ética de la empresa que resulta realmente muy sugerente en lo que tiene de dimensión de corresponsabilidad y de carácter social mientras que el asalariado aparece como un “trabajador del saber”.

Finalmente Cortina se refiere a dos aspectos más de la civilidad, la profesional y la intercultural.

La excelencia en el ejercicio profesional de cara a la sociedad y en el seno de la opinión pública, cuestión que tiende a ser eludida en libros de parecida significación al que comentamos, aparece aquí tratada con agudeza. En cambio la propuesta en relación con la civilidad intercultural —la autonomía de elección del individuo— parece demasiado sencilla y los modos de llevarla a la práctica erizados de dificultades. El libro acaba con una invitación a degustar los valores de la ciudadanía y a través de ello conseguir inculcarlos en una labor pedagógica. En realidad el propio lector especializado los ha degustado al pasar estas páginas que tienen el mérito de saber a poco y que mantienen siempre el interés.

A diferencia de Adela Cortina nuestro segundo autor es bien conocido y consagrado en todo el mundo, aunque sólo en los últimos años se ha dedicado al género del ensayo breve. Nos referimos a *Giovanni Sartori, “Homo videns. La sociedad teledirigida”, Madrid, Taurus, 1998.*

Giovanni Sartori es, sin la menor duda, uno de los más inteligentes, prolíficos y chispeantes especialistas en Ciencia política del mundo. Sus libros —y, más aún, sus conceptos sobre la democracia— han tenido una influencia de primera magnitud en el análisis político contemporáneo. En los últimos tiempos, al margen de escribir sesudos libros destinados a profesores o estudiantes, ha

descendido a abordar, de forma breve, a título de ensayo, cuestiones de primera importancia destinadas a un público muy amplio. Este género de ensayo breve que en otros países tiene un gran éxito es muy posible que acabe teniéndolo también en España, aunque por el momento el mundo editorial no parece haberse dado cuenta de ello.

En su último librito Sartori se despacha en contra de la televisión. Según él, al ofrecer tan sólo imágenes, la “caja tonta” tiene el grave inconveniente de contribuir poco o nada a la capacidad de entender y abstraer que tiene el hombre. La imagen debe ser explicada pero la televisión no lo hace. El progresivo incremento en el número de horas de exposición a la televisión ofrece todos los visos de convertir al ser humano en alguien con una infinita ansia de diversión y nula capacidad de discernimiento.

Pero lo que más le interesa a Sartori es el impacto que la “televización” de la política puede tener sobre la democracia. En primer lugar, la televisión no sólo puede desinformar, de forma más o menos voluntaria, sino también subinformar mediante apariencias y no realidades. Las entrevistas casuales a ciudadanos que emiten opiniones indocumentadas, las estadísticas que no se refieren al fondo de las cosas o el procedimiento de ofrecer imágenes de una información que no las necesita (y si reflexión) no sólo ofrecen una información irrelevante sino que, además, desplazan poco a poco al

elemento intermedio en el nacimiento de la opinión pública que es la prensa. La política realizada de cara al televisor ofrece imágenes emotivas que no garantizan un mejor nivel en la vida pública. Con el descubrimiento de la televisión se nos prometió también la “aldea global”, es decir la responsabilización de los humanos por lo que sucede en toda la tierra pero sólo hemos tenido emoción a raudales,

sobresaltos y una paradójica disminución a lo minúsculo y anecdótico porque sólo lo que proporciona imágenes parece poder llegar a presentársenos como información.

Sartori demuestra en este libro ser tan corrosivo como es exigible a un buen panfletista. Sus páginas, aparte de sabias, son divertidas. Tiene, además, gran parte de la razón: no creo que resulte exagerado decir que la televisión puede convertirse en una enfermedad. Pero tampoco hay que suscribir por completo su opinión, aunque haga pensar. La televisión no es “desinventable” de forma que habrá que reconducirla después de tanto atarla. Por otro lado —frente a lo que parece pensar Sartori— la democracia de fin de siglo debe ser más directa e inmediata que la de otros tiempos porque no existe otra forma de hacer que supere la esclerosis de los partidos y la televisión ofrece los medios para lograrlo. Hay otra cara de la televisión que resulta mucho más positiva que la ofrecida por el gran politólogo italiano.

El comunismo, una tragedia del siglo XX

Se trata de un grueso libro negro con tapas plastificadas al que las letras en rojo le han dado un cierto tono tétrico. El contenido —ochocientas densas páginas, cuajadas de notas— lo es más todavía porque narra una de las pesadillas más estremecedoras que ha vivido la Humanidad en el siglo que estamos abandonando. Se titula “*El libro negro del*

comunismo. Crímenes, terror y represión”, Madrid-Barcelona, España Calpe-Planeta, 1998.

Este “Libro negro del comunismo” ha obtenido, a pesar de tratarse de un texto con ese género de aparato erudito que podría retraer a muchos lectores, un enorme éxito de público en Francia. Quien haya hojeado recientemente alguno de los grandes diarios franceses habrá comprobado hasta qué punto sus páginas se han nutrido con artículos de polémica y cartas de lectores acerca de su contenido. En el vecino país todavía el comunismo está rodeado de una inmerecida aura de benevolencia y de impecabilidad: no en vano se trata de la patria de Jean Paul Sartre. El libro de un gran historiador, ya fallecido, François Furet, —“El pasado de una ilusión”— y el que venimos citando han contribuido ya a cambiar las cosas.

Quizá, no obstante, resulte más eficaz el “Libro negro”. Furet, antiguo comunista, debatió con la Historia del comunismo pero aunque se han escrito centenares de libros sobre sus crímenes, se han publicado muy pocos libros científicos acerca de ello. El “Libro negro” tiene la contundencia de lo investigado con paciencia a partir de esas fuentes nuevas que ha hecho aparecer la caída del muro de Berlín. En cada momento cronológico y en cada punto de la geografía mundial el resultado de la investigación es siempre idéntico: el crimen en masa ha sido siempre una dimensión

esencial del comunismo. A lo largo de la Historia del siglo XX ha supuesto la desaparición de un centenar de millones de personas de las que unos 20 en la URSS y unos 65 en China. El caso más espeluznante ha sido uno muy reciente: en Camboya Pol Pot, un antiguo estudiante en París, convertido en líder de los khmeres rojos, eliminó a un cuarto de la población de su país. Lo abrumador de las pruebas convierte en prácticamente indisputables estas cifras.

La polémica, por tanto, se ha trasladado a otras cuestiones. De una de ellas más vale no hablar:

lo más fácil para quien es comunista en el presente es atribuir a los historiadores que han escrito este libro el deseo de reavivar el rescoldo de una guerra fría ya extinta. Eso no tiene sentido por la sencilla razón de que el adversario está vencido. Pero contar cadáveres no es tampoco una obsesión morbosa. Lo único justificable al recordar ese centenar de millones de cadáveres es preguntarse por qué llegaron a producirse.

Los autores del libro atribuyen causas varias a ese resultado pero sólo una verdaderamente esencial. La tradición de crueldad fría de la Historia rusa, la circunstancia de la guerra civil en 1918, la necesidad de actuar en circunstancias muy difíciles o la propia visión del partido único como vanguardia sustitutiva de toda una clase social contribuyen a explicar el empleo del terror en el momento en que se produjo la revolución de Lenin en la Unión Soviética. Pero, como es lógico, todo ello no explica que procedimientos semejantes hayan sido utilizados en otras partes del mundo hasta la misma fecha de 1991. Por lo tanto la causa esencial que explica esta condición criminal del comunismo reside en su carácter de ideología totalitaria. El comunismo fue un dogma cuasireligioso que pretendía llevar a cabo sobre la tierra una utopía a la que resistía la naturaleza human representada por millones de seres. Esos individuos concretos fueron convertidos por los seguidores de Lenin en vagas abstracciones:

donde había personas vio tan sólo clases sociales, reales o inventadas, y no tuvo el menor empacho en decretar su desaparición o aniquilamiento al considerarlas como enemigas. Fue la imposición de la utopía —y no las circunstancias de todo orden que ya han sido mencionadas— lo que llevó a los líderes soviéticos a considerar la lucha política como una auténtica guerra civil en que era preciso excluir, animalizar y, en fin, destruir físicamente al adversario. Al final de sus días Lenin aseguró al escritor Máximo Gorki que “la crueldad de nuestras vidas se comprenderá y perdonará por las generaciones sucesivas”.

Hoy no se comprende en absoluto pero parece haberse perdonado bastante. Inevitablemente de la lectura de este libro surge la posible comparación entre nazismo y comunismo. Por supuesto fueron muy distintos: la “industrialización” sistemática de la muerte fue practicada tan sólo por el primero aunque el segundo mató más. No se puede decir que uno fuera reacción contra el otro pero sin duda pertenecen al mismo género de barbarie. Lo que nos interesa, sin embargo, es que después de 1991 no ha habido ningún grupo humano que, como los judíos en el caso de los nazis, se haya convertido en denunciador de esas monstruosidades. Todavía hay quienes no quieren ver y sobre todo quienes, tras haber cambiado de campo, excusan su responsabilidad pasada. Se podría incluso decir que no tiene sentido a estas alturas levantar una

especie de acta de acusación personal contra los protagonistas

de ese pasado. Pero conviene tener bien presente, al menos con el recuerdo, que existe un lado oscuro de la naturaleza humana que produjo esos resultados y que, por tanto, algo así se puede reproducir en otro momento, por lejano que parezca esa posibilidad. Todavía más: esas cosas pudieron ser conocidas en su momento y, sin embargo, se las

ignoró de forma tan voluntaria como irresponsable. El recuerdo no salva ya a nadie pero puede evitar la repetición.

Apéndice a una conmemoración

Para concluir nos podemos referir a dos libros aparecidos hace muy poco que versan sobre la conmemoración de la pérdida de Cuba que ha constituido uno de los acontecimientos culturales más importantes del presente año. Me refiero a *Juan Pan Montojo (coordinador), “Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo”, Madrid, Alianza editorial, 1998*, y a *Antonio Elorza, Elena Hernández Sandoica, “La guerra de Cuba (1895-1898). Historia política de una derrota colonial”, Madrid, Alianza, 1998*. Se trata de dos libros de indudable importancia que no pueden concluir la larga relación de los que han aparecido en estas páginas acerca de ese acontecimiento.

El centenario de la guerra hispano-norteamericana que concluyó con la independencia de Cuba ha tenido como consecuencia la preparación de una larga serie de exposiciones, muy variadas en calidad y en propósitos, a las que ha acudido un público abundante. Frente a las previsiones (o a lo sucedido en otras latitudes en una ocasión semejante como fue el caso de la celebración de 1789 en Francia) no se puede decir que se haya producido un debate ensayístico acerca de los posibles paralelos entre los dos fines de siglo, cuando ésta podía haber sido una

discusión de interés. Las publicaciones aparecidas han sido muy abundantes pero buena parte de ellas se limitan a ser demasiado periodísticas o en exceso eruditas.

Las dos que se reseñan en la presente crítica tienen el triple mérito de un grado de generalidad suficiente, recurso al menos parcial a fuentes inéditas y, en fin, elaboración por especialistas. Se trata de textos que están destinados a durar de cara al futuro y para servir de punto de partida a posteriores investigaciones.

En el libro coordinado por Pan Montojo se resumen unas conclusiones acerca del fin de siglo español que suscribirían todos los historiadores. Lo que en otros momentos fue denominado como el Desastre produjo una inevitable remodelación del lugar de España en el mundo, se vio acompañada por una crisis cultural de trascendencia y, además, por la emergencia de un nuevo sujeto histórico que ha durado hasta el momento actual al que denominamos “intelectual”. En cambio la pérdida de las últimas colonias no tuvo como consecuencia una movilización social protestaria de verdadera entidad, ni produjo un colapso económico o una bancarrota de la Hacienda pública ni, en fin, un cambio político de real trascendencia, al menos por el momento. De acuerdo con esta interpretación estamos en las antípodas de aquella visión de acuerdo con la cual el 98 habría iniciado una crisis trágica de la

que derivó todo lo posterior, incluida la guerra civil.

Todos los trabajos contenidos en este libro tienen una solidez indudable. No se trata de investigaciones monográficas pero sí de elaboraciones muy personales y siempre de altura, realizadas por personas que han realizado trabajos previos sobre el período y la temática. Eso no excluye las posibles críticas en algún aspecto concreto. Aunque es muy sugestiva la interpretación del proyecto colonial español en la segunda mitad del XIX que en este libro se hace, en cambio desaparece, en la práctica, cualquier

referencia a la política exterior que precedió el conflicto o a los aspectos militares. Aunque ahora hablemos mucho más de la etapa finisecular que del 98, estas ausencias no me parece que puedan ser justificadas. El muy inteligente estudio de Álvarez Junco acerca del replanteamiento que en la época se produjo del nacionalismo español tiene el inconveniente de tomar un exceso de carrerilla al remontarse a comienzos del XIX y plantear problemas teóricos de los que se podría prescindir. Serrano elabora todo un elenco de temáticas acerca de la cultura de la época, lleno de citas muy oportunas, pero quizá hubiera sido mejor dotarlas de una vertebración que permitiera apreciar su articulación interna. A pesar de todo ello este libro y el editado por Fusi y Niño que recoge las ponencias principales del Congreso celebrado en la Universidad Complutense (algunas de las comunicaciones, en cambio, dejan bastante que desear) son piezas de primera calidad para interpretar esta parcela de nuestro pasado.

El texto de Elorza y Hernández Sandoica contiene más investigación monográfica que se refiere de forma exclusiva a los aspectos militares, de política exterior e interior del conflicto, eludiendo los restantes. En este sentido puede decirse que cumple una función complementaria del libro reseñado con anterioridad. Tiene, además, mucho sentido que se haya escrito un libro como éste en ocasión del centenario porque en realidad no disponemos de nada semejante que insista de

manera especial en los puntos indicados y que haya sido elaborado en tiempos recientes. Entre aquellos aspectos de mayor interés para el lector se pueden citar la descripción del peculiar modo de guerra de guerrillas en que consistió el conflicto entre españoles e insurrectos o la descripción, muy justificadamente crítica, de la posición de Cánovas. También acerca de las operaciones militares a partir de la intervención norteamericana o de las alternativas políticas en la metrópoli se nos ofrece una panorámica muy completa. No se trata de un libro definitivo ni mucho menos, pero tiene un especial sentido que haya aparecido con ocasión del centenario de 1898 porque nos acerca a fuentes nuevas (como por ejemplo, las procedentes del Palacio Real). En suma estos dos libros por sí solos parecen justificar que la conmemoración centenaria se ha celebrado a la altura de lo que el nivel de la historiografía española exigía.